

PRINCIPALES APORTACIONES DE LAS GRANDES TEORIAS SOCIALES AL ESTUDIO DE LA CIUDAD

Por

JOSÉ FARIÑA TOJO

Doctor Arquitecto

Licenciado en Derecho

El estudio y análisis de la relación entre las teorías sociales y los estudios urbanos es fundamental para poder comprender algunas de las bases sobre las que se asientan los enfoques urbanísticos actuales. La crisis por la que actualmente pasa el urbanismo moderno (1), que supone un replanteamiento a fondo de los postulados teóricos que durante décadas han intentado estructurar una ciencia urbana, no debe hacernos olvidar que es imprescindible un conocimiento y clarificación de las corrientes de pensamiento que lo han propiciado.

Un intento de clarificación en el complejo campo de las teorías sociales se presenta *a priori* bastante difícil, aunque nos centremos en los temas urbanísticos. Según MARTÍN SERRANO: «el indefinido repertorio de sociologías particulares existentes, cada una de ellas desmembrada en varias corrientes metodológicas, remite a cuatro grandes paradigmas, cuya exposición resulta suficiente para desenvolverse en ciencias sociales y, desde luego, en el ámbito de los métodos. Estos paradigmas son el *durkheimniano*, el *neopositivista*, el *weberiano* y el *marxista*» (2). A pesar de que el estudio de los problemas ur-

(1) Una aproximación muy clara y didáctica a la crisis actual puede encontrarse en las páginas 62 y 63 de *El problema urbano* de FERNANDO DE TERÁN, Salvat, Barcelona, 1982.

(2) MARTÍN SERRANO, M., *Métodos actuales de investigación social*, Akal, Madrid, 1978, pág. 10.

banos no figuraba de manera prevalente en las preocupaciones de Durkheim, Weber o Marx, su influencia, tanto teórica como metodológica, ha sido grande en el ámbito del urbanismo.

I. LOS PARADIGMAS MARXISTA Y WEBERIANO

EL ANÁLISIS MARXISTA DE LA REALIDAD SOCIAL

Son dos los principios que configuran este análisis: la forma holista del conocimiento social y el carácter ideológico de la mayor parte de las construcciones teóricas existentes. El primero, tomado de la concepción dialéctica de HEGEL de que ningún aspecto de la realidad puede ser analizado de forma parcial sin referencia a la totalidad, y que MARX trasplanta del mundo de las ideas al de los hechos, supone una ruptura con la idea imperante en su momento del evolucionismo lineal. La solución al segundo (es decir, la forma de superar el peligro de no caer en la ideología) es tener presente que las categorías verdaderamente científicas tienen un origen histórico y deben de ser deducidas directamente de la praxis (3).

El método marxista no utiliza, como el método deductivo, teorías a partir de las cuales se establecen las relaciones sociales esenciales, ni tan siquiera se apoya directamente en los hechos empíricos. Lo único fundamental es el descubrimiento de unas categorías que pongan de manifiesto la estructura de dominación de las clases sociales. La debilidad del método se deriva, claro está, de la ausencia de garantías de objetividad por encima de los propios agentes sociales.

LA TEORÍA URBANA EN MARX Y ENGELS

A pesar de que ni en los trabajos de MARX ni en los de ENGELS existen bases suficientes para estructurar una teoría de lo urbano, sin embargo sí se pueden deducir algunas cuestiones claves para el desarrollo posterior del paradigma marxista. Quizás la más importante, y en la que se muestran de acuerdo la mayor parte de los autores, es la de la imposibilidad de encontrar una teoría de lo espa-

(3) Todos estos temas, forzosamente esquemáticos, pueden ampliarse en FERNÁNDEZ BENEGAS, A., *Dimensiones del marxismo*, Zero, Madrid, 1970. En concreto, el capítulo «Problemas fundamentales del marxismo», de PLEJANOV, pág. 121.

cial al margen de una teoría general de lo social. No sería la ciudad la causa de las condiciones infrahumanas en que se encontraban los trabajadores sino el sistema social, tal y como sugiere el propio ENGELS (4).

Aunque las aportaciones marxistas supongan más un intento de análisis desde el punto de vista urbano que una teoría perfectamente desarrollada, a partir de los años setenta se busca, por parte de diversos autores, una consolidación de esta línea. Se han seguido dos enfoques diferenciados: el primero intenta delimitar los diferentes niveles estructurales que componen la ciudad y su reflejo en el espacio (el económico, el político-jurídico y el ideológico); el segundo intenta relacionar los problemas de la producción y el consumo como parcelas inseparables en la reproducción del sistema social y que se sitúa en el contexto más amplio de la economía política.

La dificultad de elaboración de una teoría marxista es obvia y ambos enfoques tropiezan con los mismos escollos: la necesidad de una explicación globalizadora de la sociedad y la naturaleza oculta de los fenómenos sociales. Ambas premisas epistemológicas hacen sumamente difícil la obtención de unos resultados viables, por lo menos en el campo de la urbanística.

LAS IDEAS DE WEBER

En contraposición con las ideas de MARX, M. WEBER piensa que sí es posible una ciencia social desde un punto de vista no comprometido políticamente. Su planteamiento teórico parte del supuesto de un análisis separado de lo científico y lo político, de los hechos y los valores (5). Su aportación clave es la de suponer un individuo libre cuya relación con otros se mueve por parámetros racionales. Los conceptos deducidos de la realidad social no deben ser considerados como algo autónomo trascendente al conjunto de individuos, sino, precisamente, como resultado de la suma de individualidades.

Por eso, cualquier explicación de los hechos sociales debe buscarse como confluencia de distintos factores externos. No se puede entender el proceso histórico determinado por lo económico sino por

(4) ENGELS, F., *The condition of the Working class in England*, St. Albans, London, 1969.

(5) Puede encontrarse en WEBER, M., *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973, pág. 49.

todo un conjunto de elementos articulados entre sí. Frente a las concepciones positivistas fundadas en un método basado en la abstracción y de carácter generalizador, y las historicistas, propias de las ciencias de la cultura, dependientes de la intuición y con una metodología individualizante, WEBER propone su solución basada en la construcción de los tipos ideales. Como explica el propio autor: «estos esquemas de interpretación no son simplemente, como se ha dicho, hipótesis análogas a las leyes científicas hipotéticas. Pueden funcionar como hipótesis en un sentido heurístico para la interpretación de acontecimientos concretos. Por este motivo, si una ley de la naturaleza hipotética fracasa definitivamente en un solo caso, colapsa de una vez y por todas como hipótesis. Las construcciones de tipo-ideal de la economía política, sin embargo, no pretenden una validez general, mientras que una ley de la naturaleza tiene que tener esta pretensión si no quiere perder su significado» (6).

LA CIUDAD EN EL PARADIGMA WEBERIANO

WEBER se acerca a MARX en su consideración de la ciudad como lugar de desarrollo del capitalismo moderno y con el tratamiento, sumamente limitado, del tema urbano al suponer que no constituye la base de la asociación humana. De cualquier forma, la consideración de la ciudad como lugar de asociación, no como elemento base de la misma, se produce sólo en el Occidente medieval europeo. Para él, en la ciudad antigua, o en la oriental y la asiática, la comunidad como tal no existía y el concepto religioso no cristiano ayudaba a la permanencia de las estructuras tribales o de clan (7).

Las ideas de WEBER, obscurecidas durante bastante tiempo desde el punto de vista de las teorías urbanas, serían retomadas fundamentalmente a partir de los años sesenta. La importancia que concedía a la burocracia como agente social permitió a REX y PAHL la construcción del «managerialismo», planteamiento que definía a los «managers» como los verdaderos agentes decisorios en el establecimiento de la función residencial de la ciudad, objeto de estudio básico de lo urbano. La debilidad de la teoría se centra en dos cuestiones: la ausen-

(6) La mayor parte de estas ideas están contenidas en diversos lugares de JIMÉNEZ BLANCO y MOYA VALGIRIÓN, *Teoría sociológica contemporánea*, Tecnos, Madrid, 1978. Particularmente los artículos de BELTRÁN, «Acerca de Weber» y de JIMÉNEZ BLANCO, «Weber, Schütz y Garfín kel sobre racionalidad».

(7) WEBER, M., *The City*, Free Press Paperback, New York, 1958, págs. 73 y 81.

ciade un verdadero criterio delimitador de las clases o grupos que intervienen en la competencia de la vivienda, y la idea, excesivamente trivial, de considerar el espacio suburbano como único lugar deseado por cada grupo social.

II. LA TEORIA URBANA EN EL PARADIGMA DE DURKHEIM

DURKHEIM Y EL MÉTODO CIENTÍFICO

DURKHEIM se aleja del criterio subjetivista mantenido por WEBER que considera a los individuos como participantes de la acción social, para centrarse en el tema de la conciencia colectiva transmitida de generación en generación, determinante y condicionante de las conciencias individuales. Con sus propias palabras, la acción social consiste en «unas maneras de obrar, de pensar y de sentir, extensas al individuo y dotadas de un poder coercitivo en cuya virtud se imponen a él» (8). Está buscando, claramente, la objetividad y el empirismo imprescindibles en todo método científico y para ello le resultan necesarios unos hechos sociales ajenos y trascendentes a los propios individuos que conforman la sociedad. Aunque éstos cambien continúan manteniéndose los efectos del hecho social. Esto posibilita el que una teoría social pueda ser construida inductivamente mediante la observación. El método es el de las variaciones concomitantes; se trata de comparar aquellos casos en que los fenómenos causa y efecto están presentes o no, y comprobar si las variaciones producidas indican una dependencia.

El paso de las sociedades de «solidaridad mecánica», formadas por individuos semejantes como eslabones de una cadena, a las sociedades de «solidaridad orgánica», basadas en la división del trabajo con individuos diferenciados según funciones a desempeñar es debido, según DURKHEIM, a dos factores. Por una parte, al aumento del volumen de las sociedades, que multiplica las relaciones. Por otra, el crecimiento de las comunicaciones y a la formación de las ciudades (9). La ciudad se convierte, pues, en un elemento clave en esta explicación teórica y, como veremos, su desarrollo se convierte en la clave que permite una explicación de las causas y evolución de la división del trabajo y la estructura moral de la sociedad.

(8) DURKHEIM, E., *Las reglas del método sociológico*, Schanire, Buenos Aires, 1965, pág. 8.

(9) REMY y VEGÉ, *La ciudad y la urbanización*, IEAL, Madrid, 1976, pág. 267.

DERECHO, SOCIEDAD Y TEORÍA URBANA

En efecto, así como las sociedades primitivas se caracterizan por un derecho represivo donde los valores individuales no se toman en consideración frente a la norma colectiva, en las sociedades evolucionadas el derecho contractual permite unas relaciones indirectas entre sus componentes y la norma social. El incremento de la densidad física que supone la ciudad normalmente, según DURKHEIM, conlleva el de la densidad moral aunque, a veces, la división del trabajo no produzca solidaridad y deba mantenerse coactiva y represivamente (lucha de clases). De esta forma se aleja, tanto del organicismo como del funcionalismo y, además de suponer a la ciudad como una fuerza positiva para el desarrollo de la libertad individual, la supone favorecedora de la desorganización patológica de la sociedad moderna (10).

El paradigma durkheimniano va a permitir el establecimiento de una relación directa entre las fuerzas ocultas del mundo social y la comunidad, influyendo de forma decisiva en el planteamiento metodológico de la Escuela de Chicago. Fue precisamente la posibilidad de delimitar a la comunidad como objeto de estudio objetivo y empíricamente verificable, unida a las ideas evolucionistas que permitían considerar a la ciudad como un ser vivo capaz de adaptarse al medio, lo que posibilitó a los ecólogos de la Escuela de Chicago el desarrollo de su teoría. Fueron dos, en síntesis, los caminos que siguieron. El primero se centró en el descubrimiento de las áreas naturales o células (siguiendo el símil organicista) del organismo urbano. El segundo se concretó en un intento de explicación del crecimiento de la ciudad en el espacio. No es este el momento del análisis y crítica de la Ecología Urbana. Simplemente manifestar la extrañeza que produce el que unos análisis basados en unos principios teóricos tan débiles como los del biologismo más elemental hayan conseguido la repercusión histórica lograda.

III. EL PARADIGMA NEOPOSITIVISTA

EL NEOPOSITIVISMO

Durante los años cuarenta y cincuenta tiene lugar la consolidación de una vuelta al positivismo ya anunciada durante la década de los veinte por el Círculo de Viena, la Sociedad de Filosofía de E. March

(10) SANDERS, P., *Social Theory and the Urban Question*, Hutchinson, London, 1981, pág. 47.

y el Grupo de Berlín, aunque con caracteres diferentes al del siglo anterior. Lo que, fundamentalmente, caracteriza al neopositivismo es el abandono del determinismo causal. Se buscaban unas doctrinas válidas, tanto para las ciencias de la naturaleza como para las ciencias sociales, de forma que expresaran adecuadamente la correspondencia entre el mundo teórico y el real (11).

Frente al método inductivo basado en la elaboración teórica de un cuerpo de leyes relacionadas entre sí y obtenidas mediante la ordenación, clasificación y mención de experiencias particulares (es decir, la vía típicamente baconiana), el neopositivismo utiliza una metodología hipotético-deductiva. Esta metodología parte de unas hipótesis pre-establecidas que, para convertirse en leyes, necesitan ser verificadas respecto a la realidad. A partir de aquí sería posible la elaboración de un cuerpo teórico formado por un cierto número de leyes relacionadas entre sí (12).

Una de las consecuencias más importantes de la adopción de una metodología de este tipo, unida al abandono del determinismo causal, fue la necesidad de adoptar el lenguaje lógico-matemático como propio del neopositivismo y, como colorario, la imprescindible utilización de las técnicas cuantitativas en las ciencias sociales.

Esta identificación metodológica entre ciencias naturales y humanas llevaba inexorablemente a dos cosas. Una era la del reduccionismo materialista (las disciplinas sociales debían de cosificarse para posibilitar la medición). Otra era la exclusión del análisis de aquellos problemas que no pudieran ser manejados mediante lenguajes lógicos o matemáticos. Paralelamente a la utilización de modelos teóricos de referencia se producía el desarrollo de los enfoques estructuralistas y sistémicos. El desarrollo de la Teoría General de Sistemas trajo consigo la posibilidad de introducir conceptos nuevos de cambio social en las llamadas ciencias del hombre, conceptos hasta el momento monopolizados por la metodología dialéctica.

NUEVOS CAMINOS DE INVESTIGACIÓN

El paradigma neopositivista dio, inmediatamente, lugar a dos vías de investigación distintas en el campo de lo urbano. Por una parte

(11) MARTÍN SERRANO, M., *op. cit.*, pág. 71.

(12) Una comparación entre las vías baconiana y neopositivista al conocimiento científico en HARVEY, *Teorías, leyes y modelos en Geografía*, Alianza Universidad, Madrid, 1973.

apareció la ecología social, y por otra el desarrollo de modelos, fundamentalmente de tipo económico que, si en un primer momento se caracterizaron por su estaticidad, pronto la introducción de la dinámica de sistemas les confirió una dimensión más realista (13).

El nuevo planteamiento de la ecología social venía facilitado por la disponibilidad de datos estadísticos censales y por la técnica de las matrices bidimensionales propuesta por BERRY (14). Dado que las características poblacionales eran las que más fácilmente se podían obtener con la ayuda del instrumento censal, la ciudad pasó a ser estudiada como un mosaico de áreas sociales diferentes. Tanto este análisis de áreas sociales como la ecología factorial deben ser, pues, entendidos como aplicación de una metodología neopositivista a los estudios urbanos. Dado que la ecología factorial se suele considerar, sobre todo, como una técnica (además lo suficientemente compleja como para pretender abordar su explicación en un artículo de estas características) nos centraremos en el tema de las áreas sociales para terminar este sintético repaso por los paradigmas fundamentales de la sociología y su aplicación al análisis urbano.

EL ANÁLISIS DE LAS ÁREAS SOCIALES

El análisis de las áreas sociales arranca de los estudios de SHEVKY y WILLIAMS sobre la ciudad de Los Angeles y los del mismo SHEVKY y de BELL sobre la de San Francisco, realizados durante las décadas de los cincuenta y sesenta. Aunque, en principio, el análisis se concreta en una técnica que permite investigar la diferenciación residencial de la ciudad según tres índices (McELRATH en 1968 añadió un cuarto), posteriormente sus seguidores consiguieron establecer un nexo de unión entre el método y una teoría general de la ciudad. El planteamiento parte de la existencia, a lo largo de la historia, de diferentes clases sociales de modo que, las nuevas sociedades, según se iban produciendo, resultaban cada vez más complejas, siendo el cambio más importante el que dio lugar al nacimiento de la sociedad urbana industrial (15).

(13) Dado que una de las bases más importantes de la mayoría de los modelos es la económica, entendemos que su análisis no corresponde hacerlo aquí, a pesar de la extraordinaria importancia de la modelística aplicada a lo social.

(14) BERRY, B. J. L., *Approaches to regional analysis: a synthesis*, Annales, association of American Geographie, 1964.

(15) SHEVKY, E. y BELL, W., *Social Area Analysis*, Stranford, 1955, pág. 3.

Este enfoque enlaza con los intentos de WIRTH de establecer una dicotomía de tipo rural-urbano, aunque los propios SHEVKY y BELL contraponen a la idea de aquél de considerar a la ciudad como origen de la transformación de la sociedad, la de suponer que esta transformación tuvo lugar debido a necesidades de expansión económica (16). Las transformaciones producidas afectaban al rango social o *status económico*, a la urbanización o *status familiar* y a la segregación o *status étnico*. Son, pues, estos tres los índices sobre los que se diferencia la sociedad y las áreas urbanas. En primer lugar, las operaciones de producción manual perdieron importancia frente a las de tipo administrativo y de dirección. La sociedad moderna se organizó de forma que el rango social se convirtió en un diferenciador de primera magnitud. En segundo lugar, adquirieron una gran importancia las relaciones centralizadas en la ciudad frente al sector primario y a la familia como unidad económica (urbanización o *status familiar*). Por último, aparecieron transformaciones en la composición de la población con cambios importantes en la redistribución del espacio (17). A cada uno de estos tres índices se agregaron ciertos indicadores (18) y se les aplicó el análisis factorial.

Las críticas más importantes hacia este modelo parten de tres vías: el determinismo económico que subyace en el planteamiento (como la advertimos, MCEL RATH dulcifica un tanto esta acusación al introducir ciertas modificaciones); la debilidad de la construcción teórica; y la ausencia de referencia a los procesos por los que se derivan históricamente las diferentes implantaciones del rango social.

(16) SHEVKY y BELL, *op. cit.*, págs. 7 y 8.

(17) En CARTER, H., *El estudio de la Geografía Urbana*, IEAL, Madrid, 1983, en la pág. 347 se reproduce el cuadro de SHEVKY y BELL sobre los pasos en la formación de criterios y elaboración de índices para el análisis de áreas sociales. Puede resultar interesante a falta de acceso a las fuentes directas.

(18) Idem nota anterior en la página 348.